

## 2012: SE VIENE EL FIN DEL MUNDO... OTRA VEZ.

Alejandro Larriera

Desde que era chico el tema del fin del mundo me cautivó, supongo que como a muchos de mi generación, y seguramente como a la mayoría de las anteriores, las actuales y probablemente de las futuras. Todos en algún momento, o en muchos, nos preguntamos ¿qué es la nada?, o en todo caso ¿qué es el infinito? O de otra forma, ¿qué había antes, y qué puede venir después?, si es que un después existe. Incluso desde la mayoría de las religiones, así como se describen los orígenes, o el génesis, también se habla del fin de los tiempos, o del día del juicio final, sólo por citar algunos ejemplos.

Será por eso que en su momento, cuando los jóvenes todavía leíamos libros, me devoré "Malevil", "El día del los trífidos", "Hasta que el destino nos alcance", o "La última esperanza", entre muchos otros. La divulgación científica, por entonces a cargo de un gran escritor de ciencia ficción como Isaac Asimov, entre cuentos y novelas, también nos explicaba el misterio de los agujeros negros, y dejaba bien en claro que el universo en el que estamos, va a desaparecer. Es cierto que esto ocurrirá mucho más tarde que temprano, pero va a desaparecer. Ahora mismo esta información la vemos en National Geographic TV y el Discovery. Los fines de semana entre partido y partido, o cuando no hay ninguna película interesante, los científicos de divulgación nos explican cómo nuestro planeta, nuestro sol, nuestra galaxia, y el universo todo, en un futuro muy lejano, van a terminar convertidos en pequeños átomos dispersos sin futuro, y finalmente ni siquiera en eso. Como para resolver definitivamente las preguntas del principio, ¿verdad?: la nada y la eternidad bien juntas.

Durante los setentas y ochentas, muchas veces escuchamos sobre diferentes sectas o sub-religiones que anticipaban el fin del mundo de variadas maneras, y que por las dudas, para no exponerse a tan desagradable experiencia, se suicidaban masivamente, siguiendo el ejemplo de aquellos varios desprevenidos que promediando el siglo XX en Estados Unidos, al escuchar a Orson Wells en la radio, cuando interpretaba la ficción de una cruel invasión extraterrestre, y sin saber que en realidad era un simple entretenimiento, decidieron poner fin a su vida para no caer en manos de los invasores. Sí, se mataron por un radioteatro. Qué contento estaría Tinelli si pudiera conseguir una adhesión tan importante, ¿verdad?

La cuestión es que al menos desde que yo tengo conocimiento, nos han venido corriendo el arco con el fin del mundo permanentemente. Así fue que se esperó en el ochenta y ocho, luego en el noventa y nueve, por supuesto en el año 2.000 con el cambio de milenio, después trasladado al 2001 por una cuestión de interpretación, y luego de algunas alarmas menores, ahora pasamos a la supuesta profecía maya que promete el fin para el 2012, cuestión que Hollywood no podía desaprovechar y transformó en película. De cualquier modo, si esta profecía también falla, ya hay otro fin del mundo en carpeta para el 2020, aunque todavía no se decidió quién lo va a interpretar en el cine.

Está claro que estas fantasías pueden resultar más o menos entretenidas al momento de decidir qué se va a hacer el fin de semana con los chicos, ya que actúan sobre nuestro organismo de manera similar a las montañas rusas o

a los autitos chocadores. En todos los casos se trata de hacerle creer a nuestro cuerpo (o mente) que está por ocurrir algo cuando en realidad no es así. Tanto sea que nos estamos cayendo, que estamos chocando, o que el planeta va a explotar. Eso libera nuestras emociones, nos excita, nos entretiene y después volvemos tranquilos a casa a ver que hay en el noticiero, que por cierto es mucho más preocupante, y a ver quién lleva los chicos al cole mañana, si es que hay clases.

La cuestión es que tanto la idea de que tarde o temprano nos pegará un meteorito, o de que nos cocinarán las radiaciones solares (según Hollywood), o de que el universo se va a disolver irremediablemente (según los divulgadores), no resultan para nada constructivas a la hora de pensar en cómo cuidar nuestro ambiente. Por más que sepamos que lo primero es harto improbable, y lo segundo incomprensiblemente lejano, muy en el fondo queda ese resabio de: "Para qué voy a cuidar mis conductas, si igual todo se va a hacer pelota?", o "A comer que se acaba el mundo..." (por citar un más elegante ejemplo gastronómico).

Mientras que en el estreno de "2012" el año pasado, se nos plantea el fin del mundo como un dibujito animado en el que la civilización se hunde tras una serie de devastadores tsunamis, y hay un "final feliz" en el que festejan algunos miles, prácticamente sobre los cadáveres de casi toda la humanidad, la excelente "Avatar" nos muestra algo mucho más realista: Inescrupulosos y codiciosos humanos que dentro de más de un siglo, tras haber agotado nuestros recursos naturales en la madre tierra, se dedicarán a estropear otros paisajes. Creo que vamos



mucho más para ese lado que para cualquier otro, y deberíamos empezar a preocuparnos en serio, y no en serie.

La convención sobre cambio climático de 2009 en Copenhague, fue otro fiasco en el que las presencias presidenciales de los países líderes, no sirvieron para disimular que no se hizo más que patear la pelota otra vez para adelante, a ver si algún solitario delantero pica solo para hacer un improbable gol. Mientras tanto, las mojigatas campañas de muchas ONG's siguen exhortando a "Salvar el planeta", cuando en realidad lo que tenemos que salvar es a la humanidad, y a una mínima y cada vez más lejana calidad de vida.

Si usted se sigue preguntando por el fin del mundo, le digo que en algún sentido la consulta es tardía. El fin del mundo ya ocurrió hace poco en Haití, hace algunos años en Ruanda, luego en Irak y en las torres gemelas de Nueva York, y cotidianamente aquí mismo en Santa Fe, para las víctimas del delito, las enfermedades de la pobreza, los accidentes de tránsito y los refugiados ambientales de las inundaciones y la soja, todas cuestiones que guardan una relación directa con nuestra incapacidad para generar soluciones a los problemas que nosotros mismos creamos, y que parece que seguimos esperando que otros resuelvan. Este es el fin del mundo y no el que dan en el cine. Es el verdadero fin de un montón de mundos individuales de los que somos artífices, y por los que parece que no pensamos hacer gran cosa todavía, ni desde lo individual, ni mucho menos desde lo colectivo.



¿Nos piden que salvemos el planeta? No se hagan problemas por él, tal vez un poco estropeado, pero nos va a sobrevivir con tiempo suficiente para regenerarse. El tema es, ¿dónde va a estar la humanidad para entonces?